

ROBERT K. MERTON

LA SOCIOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO Y LA SOCIOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN COLECTIVA *

EL ESTUDIO conjunto de la sociología del conocimiento y de la sociología de la opinión pública y la comunicación colectiva de ninguna manera es accidental. Porque, aun cuando ambas se han desarrollado en gran parte, independientemente, se pretende sugerir aquí que el cultivo verdadero de cada una se facilitaría mediante la consolidación de algunas de sus concepciones teóricas, métodos de investigación y hallazgos empíricos.

En verdad, las dos sociologías pueden considerarse como especies de ese género de la investigación que se ocupa de las relaciones entre la estructura social y la comunicación. Una surgió y se ha cultivado más asiduamente en Europa, y la otra, hasta ahora, ha sido bastante más común en los Estados Unidos de América. Por lo tanto, con tal que la etiqueta no se tome literalmente, la sociología del conocimiento puede considerarse como la “especie europea”, y la sociología de la comunicación colectiva, como la “especie americana”. Aunque ambas especialidades sociológicas se dedican a la acción recíproca entre las ideas y la estructura social, cada una tiene su propio centro de atención.

La sociología del conocimiento, en su mayor parte, pertenece al campo de los teóricos globales, en donde, la extensión e importancia del problema, justifica el interés que se le dedica, muchas veces bastante alejado de la posibilidad actual de avanzar materialmente más allá de especulaciones ingeniosas y conclusiones impresionantes. En términos generales, los sociólogos del conocimiento se han encontrado entre los que enarbolan alto el

* Introducción a la parte tercera de la obra *Social Theory and Social Structure*, por ROBERT K. MERTON, segunda edición, The Free Press, Glencoe, III. 1957, pp. 439-55. (Adaptada por el traductor.)

estandarte que reza: "No sabemos si lo que decimos es verdad, pero al menos es importante."

Los sociólogos y los psicólogos que se ocupan del estudio de la opinión pública y la comunicación colectiva, se encuentran con mayor frecuencia en el campo opuesto de los empíricos, con un lema algo diferente como blasón de su bandera: "No sabemos si lo que decimos es particularmente significativo, pero al menos es verdadero." Aquí, el acento se ha colocado en el ensamble de los datos que se relacionan a la cuestión general, datos que poseen una evidencia substancial, aun cuando no se hallen más allá de toda discusión. Sin embargo, hasta hace poco tiempo, ha existido escasa preocupación por la conexión entre esos datos y los problemas teóricos, y, el amontonamiento de información práctica se ha confundido con la recolección de observaciones científicas pertinentes.

Puede resultar interesante, por su propio derecho, comparar las variaciones europeas y americanas del estudio sociológico de la comunicación. Al hacerlo así, se obtiene la fuerte impresión de que sus respectivos acentos distintivos se hallan ligados a las estructuras sociales en que se desarrollaron; aunque el examen presente hará un poco más que sugerir unas cuantas de esas posibles conexiones entre la estructura social y la teoría social, en forma preliminar a una investigación real del asunto. La comparación tiene el propósito ulterior de avocarse a la consolidación de tales campos relacionados de la inquisición sociológica, buscando la feliz amalgama que posea las virtudes científicas de ambos y los vicios superfluos de ninguno.

COMPARACIÓN DE LA WISSENSSOZIOLOGIE Y LA INVESTIGACIÓN DE LA COMUNICACIÓN COLECTIVA

Las orientaciones distintivas de esas áreas de investigación coordinadas, complementarias y que se traslapan parcialmente, se componen y se expresan en una variedad de aspectos relacionados: su materia característica y definición de problemas, sus concepciones de los datos, su utilización de las técnicas de investigación, y la organización social de sus actividades de investigación.

Materia y definición de problemas

La variante europea se dedica a excavar las raíces sociales del conocimiento, buscando las formas en que la estructura social del medio ambiente afecta al conocimiento y al pensamiento. Aquí, el centro principal es el modelamiento por la sociedad de las perspectivas intelectuales. En esta disciplina, el conocimiento y el pensamiento se construyen de un modo tan suelto que llegan a incluir casi todas las ideas y las creencias. No obstante, en el meollo de la disciplina hay un interés sociológico en los contextos sociales de ese conocimiento, el cual está más o menos certificado por la evidencia sistemática. Es decir, la sociología del conocimiento se ocupa más directamente de los productos intelectuales de los expertos, ya sea en la ciencia o en la filosofía, en el pensamiento económico o en el político.

Aunque también incluye cierto interés en el estado corriente del conocimiento (o nivel de información, como característica y significativamente se le llama), la variante americana tiene su centro en el estudio sociológico de la creencia popular. Se enfoca especialmente en la *opinión*, más bien que en el *conocimiento*. Por supuesto, no son distinciones en blanco y negro. Puesto que no es arbitraria, la línea entre ellos no tiene el rigor, por ejemplo, de una frontera internacional. La opinión se ampara en el conocimiento, el cual es sólo esa parte de la opinión socialmente certificada por un criterio particular de evidencia. Y así como la opinión puede convertirse en conocimiento, así, el conocimiento ostensible puede degenerar en mera opinión. Con todo, excepto en los márgenes, la distinción es válida, y se expresa en el centro distintivo de las variantes europea y americana de la sociología de la comunicación.

Si la versión americana se ocupa principalmente de la opinión pública y de las creencias de las masas, en lo que se ha llamado "cultura popular", la versión europea se centra en doctrinas más esotéricas, en esos sistemas complejos de conocimiento que se remodelan y se distorsionan con frecuencia en su paso subsecuente hacia la cultura popular.

Esas distinciones de atención acarrearán ulteriores diferencias: la variante europea que concierne al conocimiento, se dirige a la élite intelectual; la variante americana, concerniente a la opinión ampliamente difundida, se ocupa de las masas. Una se sitúa en las doctrinas esotéricas de la minoría, la otra en las creencias esotéricas de las mayorías. Esta divergencia de interés tiene una conexión inmediata en cada fase de las técnicas de investi-

gación, como se verá; por ejemplo, es claro que una entrevista con propósitos de investigación, formulada para obtener información de un hombre de ciencia o literato diferirá materialmente de las entrevistas que pretenden investigar en forma cruzada a la población en su conjunto.

Las orientaciones de las dos variantes muestran ulteriores correlaciones distintivas de mayor detalle. La división europea se refiere, en el plano cognoscitivo, al *conocimiento*; la americana a la *información*. El conocimiento implica un *cuervo* de hechos o ideas, en tanto que la información no implica hechos o ideas sistemáticamente conectados. La variante americana, en forma consecuente, *estudia los fragmentos aislados de la información* disponible para las masas del pueblo; la variante europea, de un modo típico, *piensa sobre una estructura total de conocimiento* accesible a una minoría. El acento americano se sitúa en agregados de piezas escogidas y separadas de información, el europeo en *sistemas* de doctrina. Para el europeo, es esencial analizar el sistema de principios en toda su compleja interrelación, avisorando la unidad conceptual, los niveles de abstracción, concreción y categorización (morfológica o analítica). Para el americano, es esencial descubrir, a través de las técnicas del análisis de los factores, por ejemplo, los racimos de ideas (o actitudes) que ocurren empíricamente. La una subraya las relaciones que subsisten lógicamente; la otra, señala las relaciones que ocurren empíricamente. El europeo se interesa en marbetes políticos sólo cuando se dirigen a sistemas de ideas políticas que entonces construirá en toda su complejidad y sutileza, buscando demostrar su relación (supuesta) a uno u otro estrato social. El americano se interesa en creencias políticas separadas, y en ese caso, sólo cuando capacitan al investigador a clasificar ("codificar") a la gente bajo algún marbete o categoría política general, el cual permite entonces demostrar, no asumir, que tiene mayor circulación en uno u otro estrato social. Si el europeo analiza la ideología de los movimientos políticos, el americano investiga las opiniones de los votantes y no votantes.

Se podrían seguir exponiendo e ilustrando esos rasgos peculiares pero quizás se ha dicho bastante para indicar que de una materia que les es común en abundancia, la sociología europea del conocimiento y la sociología americana de la comunicación colectiva seleccionan problemas distintivos para una interpretación singular. Y gradualmente, surge la holgada impresión que puede sumarse con atrevimiento y bastante simpleza, de la manera siguiente: el americano sabe de lo que habla, pero que no es mucho; el europeo no sabe de lo que habla, pero, que es mucho.

Perspectivas sobre los datos y los hechos

Las variantes europea y americana poseen concepciones notablemente diferentes sobre lo que constituye el dato primario, de lo que se necesita para convertir ese material primo en hechos certificados, y del lugar de esos hechos, a los cuales se llega en forma diversa, en el desarrollo de la ciencia sociológica.

En conjunto, el europeo es hospitalario y aun cordial en su recepción a los candidatos para el status de dato empírico. Una impresión que se deriva de unos cuantos documentos, particularmente si se refieren a un tiempo o lugar, suficientemente remoto, pasará como un hecho sobre difundidas corrientes de pensamiento o sobre doctrinas ampliamente sustentadas. Si el status intelectual de un autor es bastante elevado y extenso el campo de sus realizaciones; sus impresiones a veces sus impresiones casuales de creencias prevalecientes, típicamente se considerarán como informes de hechos sociológicos. O bien, una generalización expresada en forma suficientemente positiva se tomará como un dato empírico.

Buscar unas cuantas ilustraciones es encontrar una opulencia perturbadora. Por ejemplo, un Mannheim sumará el estado mental de las "clases bajas en el período post-medieval", diciendo que "sólo poco a poco alcanzaron una conciencia de su importancia política y social". O bien, pudiera considerar no sólo importante sino verdadero que "todos los grupos progresistas piensan que la idea llega antes que el hecho", siendo esto, ostensiblemente, una cuestión de completa observación más bien que de definición. O pudiera proponer una hipótesis tan instructiva como la siguiente, compuesta de varios supuestos de hecho: "...mientras más activamente colabora un partido predominante, en una coalición parlamentaria, y en tanto renuncie más a sus utópicos impulsos originales y, con ello, a su amplia perspectiva, habrá mayores probabilidades de que su poder para transformar la sociedad quede absorbido por su interés en detalles concretos y aislados. En una forma bastante paralela al cambio que se observa en el reino político, ocurre un cambio en la perspectiva científica que se conforma a las demandas políticas, esto es, lo que una vez fue un mero esquema formal y una visión total abstracta, tiende a disolverse en la investigación de problemas específicos y separados. Sugestivo y casi apodíctico, y acaso verdadero, vierte tanta luz sobre tanto de lo que el intelectual ha experimentado y quizá, observado casualmente en el curso de vivir en la sociedad política, que tal afirmación tienta a uno a considerar-

la como un hecho, más que como hipótesis. Lo que es más, como es el caso frecuente de las formulaciones sociológicas de la variedad europea, la afirmación parece recoger tantos detalles de la experiencia que el lector rara vez llega a considerar los vastos trabajos de la investigación empírica que se requieren, antes de que se le estime como algo más que una hipótesis interesante. Rápidamente obtiene un status no devengado como hecho generalizado.

Se notará que observaciones como éstas, derivadas de la sociología del conocimiento atañen al pasado histórico en forma presumible, resumen la conducta típica o modal de grandes números de individuos (*grupos o estratos sociales enteros*). En cualquier estricto sentido empírico, no se han recopilado sistemáticamente, por supuesto, los datos que justifican tales grandes afirmaciones sumarias, por la buena y suficiente razón de que no se encuentran en ninguna parte. Las opiniones de miles de individuos ordinarios en el pasado distante, sólo pueden conjeturarse o reconstruirse imaginativamente; de hecho, se pierden en la historia, a menos que uno adopte la ficción conveniente de que las *impresiones* de la masa o la opinión colectiva establecida por unos cuantos observadores de aquel día, pueden aceptarse en la actualidad como *hechos* sociales confirmados.

Por contraste, la versión americana sitúa su interés primario en el establecimiento empírico de los hechos del caso bajo escrutinio. Antes de intentar determinar *por qué* ciertas escuelas del pensamiento son más adictas a la "investigación de problemas específicos y separados", en primer lugar trataría de saber, si en verdad, tal es el caso. Por supuesto, este énfasis, como el de la versión europea, tiene los defectos de sus cualidades. Con mucha frecuencia, la gran preocupación por las pruebas empíricas conduce prematuramente a un refrenamiento de las hipótesis imaginativas: se mantiene la nariz tan cercana a la piedra de molino empírica que no se ve más allá de los límites de la tarea inmediata.

La variante europea con sus grandes propósitos, casi desdeña establecer los mismos hechos que se propone explicar. Al omitir la difícil y con frecuencia laboriosa tarea de determinar los hechos del caso, al ir directamente a las explicaciones de los hechos supuestos, el sociólogo del conocimiento puede sólo tener éxito en colocar bien la carreta delante del caballo. Como todo mundo sabe, si esta disposición logra algún movimiento, generalmente es de retrogresión —quizás en el reino del conocimiento como en el del transporte. Y lo que es peor, en ocasiones, el caballo desaparece por completo, y la carreta teórica queda sin movimiento hasta que se le enjaeza a nuevos hechos. La gracia salvadora aquí, es que más de

una vez en la historia de la ciencia, una idea explicativa ha sido fructífera, aun cuando los hechos para cuya explicación se pensaron, más tarde resultaron no ser hechos del todo. Sin embargo, difícilmente puede uno contar con esos errores productivos.

La variante americana, con su pequeña visión, se concentra tanto en establecer el hecho que sólo considera ocasionalmente la pertinencia teórica de los hechos, una vez establecidos. Aquí el problema no es tanto que la carreta y el caballo tengan sus posiciones al revés; lo que sucede es que con demasiada frecuencia, no existe ninguna carreta teórica. Es verdad que el caballo puede seguir adelante, pero puesto que no tira de carreta alguna, su raudo viaje es inútil, a menos que algún europeo aparezca con retraso a enganchar su carromato. No obstante, como sabemos, las teorías *ex post facto* son en rigor sospechosas.

Esas diversas orientaciones hacia hechos y datos se relacionan también a la selección de la materia y a la definición de los problemas de investigación. La variante americana, ocupada en la confirmación empírica, dedica poca atención al pasado histórico, puesto que la adecuación de los datos sobre la opinión pública y las creencias de grupo en el pasado son sospechosas cuando se les juzga con el criterio aplicable a datos comparables en relación a las creencias de grupos de la actualidad. Esto puede explicar parcialmente la tendencia americana a tratar en lo principal problemas a corto plazo: las respuestas a los materiales de propaganda, la comparación experimental de la efectividad de la propaganda de los diversos medios utilizados, y así por el estilo. La real negligencia de materiales históricos no es por falta de interés o de reconocimiento de la importancia de los efectos a largo plazo, sino sólo debido a que ellos, se piensa, requieren datos que no se pueden obtener.

Con su actitud más hospitalaria hacia datos colectivos impresionistas, el grupo europeo puede dar rienda suelta a su interés en problemas tales como el movimiento de ideologías políticas en relación a los cambios de los *sistemas* de estratificación clasista (no simplemente el paso de individuos de una clase a otra dentro de un sistema). Los datos históricos de los europeos típicamente descansan en supuestos explorados de un modo empírico, para el presente, por los americanos. Así, Max Weber (o algunos de sus numerosos epígonos) pueden escribir sobre las creencias puritanas que se dieron ampliamente en el siglo diez y siete, apoyando sus conclusiones fácticas en las minorías letradas, quienes asentaron sus creencias e impresiones de las creencias de otros, en libros que ahora podemos leer. Por supuesto, tal cosa deja intocable y sin tocar la independiente cuestión del

grado en que esas creencias, tal como se escribieron en los libros, expresan las creencias de las mayorías y, por cuanto a la historia se refiere, de una población por completo desarticulada (por no mencionar los diferentes estratos dentro de esa población). La relación entre lo que se encuentra en las publicaciones y las creencias reales (o actitudes) de la población, que es aceptada como algo dado por la variante europea, se convierte en un problema sujeto a investigación por la variación americana. Cuando los periódicos, las revistas, o los libros expresan una modificación en el sistema de creencias o en la perspectiva general en una población asociada (clase, grupo o región), los representantes de la versión americana, aun los menos empíricos, indican que sería importante "descubrir a través de algún medio independiente, la actitud del populacho. Aquí, nuestra verificación ganaría sólo mediante entrevistas a secciones representativas del público en los dos períodos, con objeto de saber si la modificación de los valores indicada por la concentración cambiante en la revista (u otros medios colectivos) es el reflejo de una modificación real de los valores de la población." Pero como no se han desarrollado todavía técnicas para entrevistar secciones representativas de las poblaciones del remoto pasado, comprobando así las impresiones obtenidas de los dispersos documentos históricos que se conservan, el sociólogo americano de la comunicación colectiva tiende a confinarse al presente histórico. Es posible que ensamblando la materia prima de la opinión pública, las creencias y el conocimiento de hoy, pudiera ayudar a poner los cimientos para el sociólogo del conocimiento quien mañana estudiaría empíricamente las tendencias a largo plazo en la opinión, las creencias y el conocimiento.

Si el europeo prefiere estudiar los desarrollos a largo plazo a través del estudio de los datos históricos, donde algunos de los datos en relación a las creencias de los grupos y de las masas pueden disputarse, y por lo tanto, impugnarse las conclusiones, el americano prefiere tratar meticulosamente el caso a corto plazo, utilizando datos más completamente adaptados para satisfacer las necesidades del problema científico y concretándose a las respuestas inmediatas de individuos, a una situación inmediata separada de las largas tiradas de la historia. Pero al enfrentarse empíricamente al problema restringido, por supuesto, puede extirpar de la investigación el problema mismo objeto de la atención central. El europeo enarbola en alto la bandera de la integridad del problema en el cual se interesa básicamente, aun cuando sólo puede ser asunto de especulación; el americano sostiene en alto a cualquier precio, la afirmante adecuación estándar de los datos empíricos, aun al precio de abandonar el problema

que condujo a la primera pesquisa. El rigor empírico de la persuasión americana implica un reglamento que se niega a sí mismo, en el cual, los movimientos importantes a largo plazo de las ideas, en relación a cambios en la estructura social, se hallan bastante abandonados como una materia fácil de estudio; la propensión especulativa de la persuasión europea implica bastante benevolencia propia, en la cual las impresiones sobre el desenvolvimiento de las masas se toman como hechos, y en donde unos cuantos violan la convención establecida de evitar cuestiones embarazosas sobre la evidencia que apoya en última instancia esos hechos alegados de las creencias o conducta colectiva.

En esa forma, la versión europea se ocupa de cuestiones importantes de un modo empírico discutible, en tanto que la americana se refiere a materias quizá más triviales en una forma rigurosamente empírica. El europeo se imagina y el americano investiga el plazo corto; el europeo especula sobre el período largo.

Una vez más, debe considerarse cuáles son justamente, los puntos en que el rigor del primero y el aliento del segundo son antagónicos de manera inevitable, y posteriormente, elaborar los medios para su ensamble.

Técnicas de investigación y procedimientos

Las dos variantes presentan diferencias características en su preocupación por las técnicas de investigación, por la recopilación de datos y por su análisis subsecuente.

Para el sociólogo europeo del conocimiento, el propio término *técnica de investigación* tiene un tañido extraño y hostil. Casi se considera intelectualmente degradante presentar los detalles prosaicos de *cómo* se ha efectuado un análisis en la sociología del conocimiento. Al trazar su linaje a través de la historia la filosofía discursiva y las artes, el europeo siente que esto sería exponer el andamiaje de su análisis y, peor todavía, disipar ese amoroso cuidado en el andamiaje que debiera preservarse únicamente para la estructura acabada. En esta tradición, la función del técnico de investigación no gana ni encomio ni comprensión. Para estar seguros, existen técnicas establecidas y con frecuencia elaboradas para comprobar la autenticidad de los documentos históricos, para determinar su fecha probable, y así por el estilo. Pero las técnicas para el *análisis* de los datos, más bien que para la verificación del documento, sólo reciben una ligera atención.

Otra cosa sucede con el estudioso americano de la comunicación colectiva.

Durante el curso de las últimas décadas en que se ha proseguido sistemáticamente la investigación en este campo, ha surgido un amplio y variado conjunto de técnicas. Procedimientos para la entrevista en toda su numerosa variedad (individuales y de grupo, no dirigidas y estructuradas, exploratorias y enfocadas, la entrevista representativa única y la de discusión repetida), cuestionarios, opiniones y pruebas de actitudes, las escalas de actitudes del tipo Thurstone, Guttman y Lazarsfeld, el experimento y la observación regulada, el análisis de contenido (ya sea que los símbolos cuenten, o el análisis de *items*, temático, estructural y de campaña), el programa analítico de Lazarsfeld-Stanton —éstos son sólo una muestra de los diversos procedimientos desarrollados para la investigación de la comunicación colectiva.¹ La misma abundancia de las técnicas americanas sólo disminuye por contraste la magra lista de las técnicas europeas. Y el contraste apenas puede dejar de mostrar otras facetas de diferencia entre las dos orientaciones del estudio sociológico de los comunicaciones.

La actitud hacia el problema de la *veracidad* de las observaciones, entre las variantes europea y americana pueden aplicarse como piedra de toque para calibrar su orientación más general hacia las técnicas. La veracidad, que significa aproximadamente, la correspondencia entre las observaciones independientes del mismo material, es casi inexistente como *problema* para el estudioso europeo. En general, cada estudiante de la sociología del conocimiento ejercita sus propias capacidades a su propia manera para establecer el contenido y el significado de sus documentos. Se consideraría como una afrenta a la integridad o dignidad del investigador sugerir que el documento que ha analizado debe ser examinado independientemente por otras personas con objeto de establecer el grado de veracidad, de acuerdo con los varios observadores de los mismos materiales. El insulto se agravaría si uno agregara que grandes discrepancias entre tales análisis independientes arrojan duda sobre la adecuación de uno u otro. La misma noción

¹ Véanse por ejemplo, las técnicas establecidas en las siguientes publicaciones de la Columbia University Bureau of Applied Social Research: P. F. LAZARSFELD y F. STANTON, (editores), *Radio Research*, 1941, (Nueva York: Duell, SLOAN y PEARCE, 1944); *Communications Research*, 1948-1949, (Nueva York: Harper and Brothers, 1949); también el reciente volumen sobre los estudios de la Research Branch of the Army's Information and Education, CARL I. HOVLAND, A. A. LUMSDAINE, F. D. SHEFIELD, *Experiments on Mass Communications*, (Princeton University Press, 1949); y el volumen sobre War Communications Research Project, por H. D. LASSWELL, NATHAN LEITES y Asociados, *Language of Politics*, (Nueva York: George W. Stewart, 1949).

de veracidad de la categorización (esto es, el grado en que coinciden las categorizaciones de los mismos materiales empíricos) rara vez ha encontrado expresión en la formulación de las investigaciones por el sociólogo del conocimiento.

Esta omisión sistemática del problema de la veracidad puede haber sido heredado por el sociólogo del conocimiento de los historiadores entre sus antecedentes intelectuales. Porque en los escritos de los historiadores la diversidad de interpretaciones se considera típicamente no tanto como un problema por resolverse, sino como destino. Si se le reconoce del todo, se le reconoce con un aire de resignación, mezclado con un poco de orgullo en la artística y por lo tanto individualizada diversidad de observación e interpretación. Así, en la introducción al primer magistral volumen de los cuatro proyectados sobre Thomas Jefferson, Dumas Malone hace el siguiente rechazo representativo de las actitudes de otros historiadores hacia su propio trabajo: "Otros interpretarán al *mismo* hombre y a los *mismos* sucesos en forma distinta; esto es prácticamente inevitable, puesto que era una figura central en las controversias históricas cuyo eco se escucha todavía." (Subrayado del autor.)

La doctrina de las diferentes interpretaciones de los *mismos* sucesos se ha llegado a establecer en forma tan completa entre los historiadores que es casi seguro que surja, en una forma u otra, en el prefacio a la mayoría de los escritos históricos. Si la historia se sitúa en la tradición de las humanidades, de la literatura y del arte, esta concepción es comprensible de inmediato. En el contexto de las artes, el repudio de cualquier interpretación final es al mismo tiempo una expresión, aunque convencional, de la modestia profesional, y una descripción de la experiencia repetida: comúnmente, los historiadores revisan las interpretaciones de los hombres, sucesos y movimientos sociales. Por esa razón, los hombres de ciencia tampoco esperan una interpretación *final*, aun cuando su actitud hacia la variedad de la interpretación sea notablemente distinta.

Para comprender esta actitud implícita hacia la veracidad, tal como la expresan los historiadores y los sociólogos del conocimiento, no es necesario que disputemos con la doctrina de la inevitable diversidad de la interpretación. Pero la comprensión mejorará si esta doctrina se contrasta con el punto de vista que típicamente aparece en los escritos de los hombres de ciencia, en forma muy definida en los escritos de los físicos y, en cierto grado en los trabajos de los estudiosos de las ciencias sociales. En donde el historiador espera con ecuanimidad y casi feliz resignación *diferentes* interpretaciones de los *mismos* datos, sus colegas científicos consideran esto

como señal de un punto de descanso inestable, que arroja duda sobre la veracidad de la observación así como sobre lo adecuado de la interpretación. Qué raro sería el prefacio a un trabajo de química en el cual se afirmara a la manera del historiador, que “otros interpretarán los *mismos* datos sobre la combustión en forma diferente; esto es prácticamente inevitable. . .” En verdad, pueden ocurrir diferencias en la interpretación teórica científica y con frecuencia suceden; ésta no es la cuestión. Pero las diferencias se conciben como evidencia de falta de adecuación en el esquema conceptual o posiblemente en las observaciones originales, y se establece la investigación para eliminar esas diferencias.

Es de hecho, debido a que el esfuerzo se centra en la eliminación fructífera de esas diferencias de interpretación en la ciencia, y porque se busca el consenso en lugar de la diversidad, por lo que podemos, con justificación, hablar de la naturaleza *cumulativa* de la ciencia. Entre otras cosas, la acumulación requiere veracidad de la observación inicial. Y por lo mismo, debido a que las artes se centran sobre la diferencia —como expresión de las percepciones distintivas y personales, si es que no privadas, del artista— no son en el mismo sentido, cumulativas. Las obras de arte se acumulan en el limitado sentido de haber más y más productos artísticos a la disposición del hombre en sociedad; se les puede colocar lado a lado. En tanto que las obras científicas en forma corriente se colocan una sobre las otras para abarcar una estructura de teorías entrecerradas que se sostienen mutuamente, lo cual permite la comprensión de numerosas observaciones. Con este fin, la veracidad de la observación es, por supuesto, una necesidad.

Esta breve digresión sobre una fuente posible de la falta de preocupación europea por la veracidad como problema técnico puede iluminar las bases de su despreocupación más general por las técnicas de investigación. Hay una orientación muy substancial hacia las humanidades que persiste en la sociología del conocimiento y con esto, una aversión hacia la estandarización de los datos de observación e interpretación de los mismos.

Por contraste, la preocupación técnica de la variante americana, fuerza la atención sistemática hacia problemas como los de la veracidad. Una vez que se confiere atención sistemática a esos problemas, su naturaleza se comprende más precisamente. Por ejemplo, el hallazgo de un estudioso americano de la comunicación colectiva, de que en el análisis de contenido, “mientras más compleja la categoría, es menor la veracidad”, es de una clase que simplemente no se da en la sociología europea del conocimiento. Este ejemplo también indica el precio que se paga por la precisión técnica en esta etapa inicial de la disciplina. Por cuanto se ha encontrado que

la veracidad declina al aumentar la complejidad de la categorización, ha existido una presión marcada para trabajar con categorías monodimensionales muy simples, con el objeto de alcanzar una gran veracidad. En el extremo, los análisis de contenido se ocupan de categorías abstractas tales como "favorable, neutral y desfavorable", "positivo, neutral y negativo". Y esto con frecuencia hace capitular el mismo problema que dio lugar a la investigación, sin poner necesariamente en su lugar hechos teóricos importantes. Para el europeo, esto es una victoria pírrica. También significa que la veracidad ha sido ganada por una importancia teórica capitulante.

Pero todo esto parecería tomar con demasiada seriedad una figura del lenguaje, asumir que las divisiones europea y americana son en verdad distintas especies intelectuales, incapaces de mezclarse y carentes de un linaje común. Por supuesto, no se trata de eso. Tómese un caso meramente local, el último capítulo de este libro informa sobre una temprana utilización de las técnicas del análisis de contenido en la sociología del conocimiento, un análisis efectuado para determinar sistemática, más bien que impresionísticamente, el foco del interés de la investigación entre los científicos ingleses del siglo diez y siete, y para establecer, de un modo crudo aunque objetivo, el grado de las conexiones entre las necesidades económicas y la dirección de la investigación científica en ese período.

Existen indicaciones de que no fue sino un mero optimismo sociológico sugerir, previamente en esta introducción, que las virtudes de cada variante podían combinarse excluyendo los vicios de ambas. Aquí y allá, esto se ha realizado. Tal fertilización cruzada produce un híbrido vigoroso, con las categorías teóricamente interesantes de la una, y las técnicas empíricas de investigación de la otra. Un análisis del contenido de biografías populares en magazines de gran circulación, efectuado por Leo Lowenthal, constituye un espécimen prometedor de lo que puede anticiparse, cuando esta unión se haga más frecuente.² Al trazar los cambios de materia de esas biografías populares desde "ídolos de producción" hasta "ídolos de consumo", Lowenthal emplea categorías tomadas de una importante tradición europea de teoría social. Y para terminar, si el cambio es un hecho o un capricho, substituye el análisis sistemático de contenido de la variante americana por el impresionista de la europea. El híbrido es indudablemente superior a cualquiera de las dos especies puras.

² LEO LOWENTHAL, *"Biographies in popular magazines"*, P. F. Lazarsfeld y F. Stanton, (editores), Radio Research, 1942-1943 (Nueva York: Duell, Sloan y Pearce, 1944).

Otra área de investigación donde es nula la preocupación por las técnicas entre los europeos, y entre los americanos, sobresaliente, es la de los *públicos* para los productos culturales. El europeo no elude completamente el hecho de que las doctrinas requieren un público si es que han de ser efectivas, pero no persigue esto de un modo serio o sistemático. Recurre a datos ocasionales, tenues y dudosos. Si un libro ha tenido un sonado éxito popular, o si el número de ediciones puede comprobarse, o si, en unos cuantos casos, puede determinarse el número de copias distribuidas; bajo las convenciones de la tradición europea, esto supone algo importante sobre el público. O quizás revisiones, extractos de diarios ocasionales o periódicos de unos cuantos dispersos lectores, o conjeturas impresionistas de contemporáneos se tratan como evidencia impresionante y significativa en relación al tamaño, naturaleza y composición del público, y su respuesta.

Por supuesto, eso es muy distinto en la variante americana. Lo que es un gran vacío de investigación en la sociología europea del conocimiento se convierte en un importante centro de interés en el estudio americano de la comunicación colectiva. Se han desarrollado técnicas elaboradas y exactas para medir no sólo el *tamaño* de los públicos para los diferentes canales colectivos, sino también su composición, preferencias y, en cierto grado, sus respuestas.

Una razón para esta diferencia de atención sobre la investigación de los públicos es la diferencia principal en los problemas centrales de los dos campos. Sobre todo, el sociólogo del conocimiento busca las determinantes sociales de las perspectivas del intelectual, cómo llegó a sostener sus ideas. Por lo tanto, se interesa ordinariamente en el público, sólo si tiene un efecto sobre el intelectual, y en consecuencia, le es suficiente considerar al público, en tanto que es tomado en cuenta por el intelectual. Por otra parte, el estudioso de la comunicación colectiva, casi desde el comienzo se ha preocupado principalmente sobre el *efecto* de los medios de comunicación *sobre* los públicos. La variante europea se enfoca sobre las determinantes estructurales del pensamiento; la americana, sobre las consecuencias sociales y psicológicas de la difusión de la opinión. Una se centra sobre la fuente, la otra sobre el resultado. El europeo pregunta, cómo es que esas ideas particulares aparecen del todo; el americano pregunta, una vez introducidas, ¿cómo es que esas ideas afectan la conducta?

Dadas esas diferencias en interés intelectual, es fácil ver por qué la variante europea ha omitido la investigación de los públicos y por qué la americana se ha dedicado a ella. Puede también preguntarse si esos cen-

tros intelectuales son a su vez productos del contexto estructural en que aparecen. Existen indicaciones de que tal es el caso. Como Lazarsfeld y otros han señalado, la investigación de la comunicación colectiva en gran parte se desarrolló como una respuesta a los requisitos del mercado. La severa competencia por la publicidad entre los varios canales de comunicación y entre las agencias dentro de cada canal ha provocado una demanda económica por medidas objetivas del tamaño, composición y respuestas de los públicos (de periódicos, revistas, radio y televisión). Y en su búsqueda de la mayor proporción posible del dólar publicitario, cada canal colectivo y cada agencia están alerta a posibles deficiencias en la vara de medición de los públicos utilizada por los competidores, introduciendo así una presión considerable para desenvolver medidas rigurosas y objetivas no tan fácilmente vulnerables a la crítica. Además de tales presiones del mercado, el reciente interés militar en la propaganda ha producido también un interés en la medición de los públicos, puesto que en la propaganda como en la publicidad, los patrocinadores quieren saber si han alcanzado sus pretendidos públicos y si han realizado los efectos buscados. En la comunidad académica, en donde se ha desarrollado en gran parte la sociología del conocimiento, no ha existido la misma intensa y avasalladora presión económica por las mediciones técnicamente objetivas de los públicos ni, con bastante frecuencia, los recursos apropiados de personal de investigación para comprobar esas mediciones, una vez que se desarrollaron provisionalmente. Esta variación en los contextos sociales de los dos campos los ha conducido a desarrollar centros de atención marcadamente diferentes en la investigación.

Esas demandas militares y de mercado no sólo han producido un gran interés por las mediciones de los públicos entre los estudiantes de la comunicación colectiva, también han ayudado a moldear las categorías en cuyos términos se describen o miden los públicos. Después de todo, el propósito de una investigación ayuda a determinar sus categorías y conceptos. Las categorías de medición del público en forma correspondiente, han sido principalmente las de estratificación del ingreso (una clase de dato obviamente importante para los que se preocupan en última instancia por la venta y el mercado de sus mercancías). El sexo, la edad y la educación (obviamente importante para los que buscan aprender los canales de publicidad más apropiados para alcanzar grupos especiales). Pero puesto que tales categorías como el sexo, la edad, la educación y el ingreso también corresponden a algunos de los principales status en la estructura social, los procedimientos desarrollados por los estudiosos de la comunicación colec-

tiva para la medición de los públicos son también de interés directo para el sociólogo.

Una vez más notamos que un acento socialmente inducido sobre particulares problemas intelectuales puede desviar el interés de la investigación, de otros problemas con un interés sociológico tan grande o aún mayor, pero con un valor pequeño para propósitos militares o de mercado *inmediatos*. La tarea perentoria de la investigación aplicada, a veces evade las tareas a largo plazo de la investigación básica. Las categorías dinámicas, con poca conexión directa con los intereses comerciales, tales como la "falsa conciencia" (definida operacionalmente, por ejemplo, por una marcada discrepancia entre un status económico objetivamente bajo y una identificación ideológica con estratos económicamente superiores) o varios tipos de individuos con movilidad económica, hasta la fecha han jugado una pequeña parte en la descripción de los públicos.

En tanto que la variante europea (*Wissenssoziologie*) ha efectuado poca investigación sobre los públicos para varios productos intelectuales y culturales, la variante americana (investigación de la comunicación colectiva) ha hecho mucho, y las categorías de esta investigación hasta hace poco han sido moldeadas, no tanto por las necesidades de la teoría sociológica o psicológica, como por las necesidades prácticas de los grupos y agencias que han creado la demanda por la investigación del público. Bajo la presión directa de las necesidades del mercado y las militares, se desarrollan definidas técnicas de investigación que inicialmente llevan la marca de su origen; se hallan fuertemente condicionadas por los usos prácticos para los que se les destina primero.

La cuestión de si esta investigación técnica de la comunicación colectiva más tarde se independiza o no de sus orígenes sociales, es por sí misma un problema de interés para la sociología de la ciencia. ¿Bajo qué condiciones la investigación alentada por los intereses militares y del mercado asume una autonomía funcional en la cual las técnicas y los hallazgos entran al dominio público de la ciencia social?

Es posible que tengamos aquí tanto bajo nuestros ojos que no lo notemos, un paralelo en las ciencias sociales a lo que ocurrió en las ciencias físicas en el siglo diez y siete. Se recordará que en esa época no fueron las viejas universidades sino las nuevas sociedades científicas las que proporcionaron el ímpetu a los avances experimentales en ciencia, y el estímulo en sí mismo no estaba desconectado a las demandas prácticas existentes sobre las ciencias físicas en desarrollo. Así ahora, en el campo de la investigación de la comunicación colectiva, la industria y el gobierno han pro-

porcionado en gran parte el capital en apoyo de la investigación social que necesitan para sus propios fines y en un campo donde las universidades mostraban renuencia o incapacidad para ofrecer su patrocinio. Durante el proceso, se desarrollaron técnicas, se adiestró personal y se lograron hallazgos. Ahora, el proceso continúa, y las demostraciones del valor real y potencial de la investigación atrae la atención de las universidades, que proporcionan recursos para la investigación, básica y aplicada, en este como en otros campos de la ciencia social. Sería interesante llevar esto más adelante: ¿las investigaciones orientadas hacia las necesidades del gobierno y la industria, han sido conectadas con demasiada estrechez a los opresivos problemas inmediatos, dejando poca ocasión para tratar cuestiones más fundamentales de la ciencia social? ¿Encontramos que la ciencia social no está suficientemente avanzada, ni la industria ni el gobierno bastante maduros para llegar al apoyo en gran escala de la investigación básica en ciencia social como en la ciencia física? Ésas son las cuestiones que emergen directamente de la historia social de la investigación de la comunicación colectiva, y son las cuestiones de preocupación inmediata para el sociólogo del conocimiento.

La organización social de la investigación

Así como con la materia, la definición de problemas, concepciones sobre los datos empíricos, y actitud hacia las técnicas, así mismo con la organización del personal de investigación: las variantes europea y americana toman posiciones peculiares y diferentes. Los europeos operan típicamente como académicos solitarios, explorando publicaciones accesibles en las bibliotecas, quizás con el auxilio de uno a dos asistentes bajo su directa y continua supervisión. En forma creciente, los americanos han trabajado en equipos de investigación o como grandes organizaciones de investigación que abarcan un número de equipos.

Esas diferencias en la organización social de la investigación se introducen en, y sostienen las otras diferencias que hemos observado. Refuerzan las diferentes actitudes hacia las técnicas de investigación, por ejemplo; así como las actitudes hacia tales problemas técnicos como el que revisamos brevemente, el problema de la veracidad.

Sin duda, los solitarios sabios europeos de la sociología del conocimiento son conscientes en forma abstracta de la necesidad de la categorización verificable de sus datos empíricos, en tanto que sus estudios implican da-

tos empíricos. Indudablemente, también, de un modo típico buscan y quizás alcancen congruencia en la clasificación de sus materiales, ateniéndose al criterio de clasificación en los casos aparentemente raros cuando se con-signan de manera expresa. Pero el académico solitario no se ve forzado *por la misma estructura de la situación de su trabajo* a tratar sistemáticamente la veracidad como un problema técnico. Es una posibilidad remota e improbable que algún otro sabio, de alguna otra parte de la comunidad académica, atinara de manera independiente, precisamente con la misma colección de materiales empíricos, utilizando las mismas categorías, los mismos criterios para esas categorías y conduciendo las mismas operaciones intelectuales. Tampoco, dada la tradición en contrario, es probable que ocurriese una repetición deliberada del mismo estudio. En consecuencia, muy poco de la organización de las características del trabajo del europeo lo constriñe a tratar sistemáticamente el difícil problema de la veracidad de la observación o del análisis.

Por otra parte, la muy distinta organización social de la investigación americana de la comunicación colectiva fuerza la atención hacia problemas técnicos como la veracidad. Los estudios empíricos sobre la comunicación colectiva ordinariamente requieren la cobertura sistemática de grandes cantidades de datos. La magnitud de éstos es tal, que por lo general su ensamble está bastante más allá de la capacidad del académico solitario, y las operaciones de rutina consumen pródigamente un tiempo que sus medios no le permiten pagar. Si se han de efectuar esas inquisiciones, es necesaria la colaboración de numerosos investigadores organizados en equipos. Ejemplos recientes los proporcionan: *War Communications Research Project at the Library of Congress*, de Lasswell, la sección de comunicación colectiva de la Research Branch of the Army's Information and Education Division, de Hovland; y por la división de investigación de la comunicación de Columbia University Bureau of Applied Social Research.

Con tal organización para la investigación, el problema de la veracidad se hace tan compulsivo que no puede omitirse ni mirarse con indiferencia. La necesidad de veracidad en la observación y en el análisis, que por supuesto, existe en el campo de la investigación en general, se hace más visible y más insistente en los confines miniatura del equipo de investigación. Distintos investigadores que trabajan sobre los mismos materiales empíricos y que ejecutan las mismas operaciones presuntamente deben alcanzar los mismos resultados (dentro de límites tolerables de variación). Así, la misma estructura del inmediato grupo de trabajo con sus varios y diversos colaboradores refuerza la preocupación perenne de la ciencia, in-

cluyendo las ciencias sociales, por la objetividad: la veracidad interpersonal e intergrupala de los datos. Después de todo, si el contenido de la comunicación colectiva se clasifica o codifica por varios codificadores, inevitablemente surge la cuestión de si los mismos resultados son en verdad alcanzados por los diferentes codificadores (observadores). En esta forma, la cuestión no sólo se hace manifiesta y demandante, puede contestarse sin demasiada dificultad, mediante la comparación de varias clasificaciones independientes del mismo material. En este sentido, entonces, "no es un accidente" que grupos de investigación tales como los de Lasswell en War Communications Research Project dedicaran gran atención a la veracidad del análisis de contenido, en tanto que el estudio de Mannheim sobre el conservatismo alemán, basado también en el contenido de documentos pero efectuado por un solo académico a la manera europea, no trata sistemáticamente como problema la cuestión de la veracidad.

En esas formas, quizás, las diferentes estructuras sociales de los dos tipos de investigación han reforzado las tendencias divergentes —el académico solitario, con su soledad mitigada por unos cuantos asistentes, en la tradición europea de la sociología del conocimiento, y el equipo de investigación, con su diversidad hecha coherente por un objetivo principal, en la tradición americana de la investigación de las comunicaciones colectivas.

Pesquisas y problemas ulteriores

Probablemente sería instructivo proseguir comparaciones ulteriores entre esas formas variables de las investigaciones de la comunicación. Por ejemplo, ¿cómo se comparan los orígenes sociales del personal que lleva a cabo las investigaciones en los dos campos? ¿Son los sociólogos del conocimiento con mayor frecuencia, como en efecto sugiere Mannheim, individuos *marginales* a los diferentes sistemas sociales, capacitados en esa forma para percibir si es que no reconciliar las diversas perspectivas intelectuales de los diferentes grupos, en tanto que los investigadores de la comunicación colectiva son con mayor frecuencia individuos *móviles dentro* de un sistema económico o social, en búsqueda de los datos requeridos por aquellos que operan las organizaciones, investigan mercados y regulan grandes números de personas? ¿El surgimiento de la sociología del conocimiento europea se relaciona a las divisiones básicas entre sistemas sociales radicalmente opuestos, en forma tal, que para muchos no pareciera haber un sistema establecido dentro del cual pudiesen aplicar de manera importan-

te sus habilidades, de modo tal, que fuesen llevados a buscar en primer lugar un sistema social significativo?

Empero, cuestiones de tal envergadura van más allá de los límites de esta introducción. La revisión de la variante europea de las investigaciones de la comunicación —es decir, la sociología del conocimiento— y la variante americana —esto es, la sociología de la opinión y de la comunicación colectiva— puede proporcionar la armadura para un tratamiento más extenso. (Los tres capítulos de la tercera parte de la obra de referencia, se dedican a ello.)

(Traducción de Alfonso Corona Rentería)